



UN BAILE EN PALACIO.

(Colaboracion).

Querido Editor:



AY cosas inexplicables, y el que yo contribuya con la pálida reseña de una fiesta en libro escrito por Gustavo Baz, es una de ellas. Estoy por llamarla monstruosidad, y le aseguro que no hay falsa modestia en el calificativo. Vd. no me conoce y yo sí, se lo protesto.

Me sorprendió tanto la noticia de mi colaboracion, como si me hubieran asegurado que ya nuestros boulevares no lucian los dos principales obsequios con que sin cesar nos favorece la madre España: las Vénus montañesas y los toreros, no de invierno, sino del más desapacible tiempo de aguas. Debemos perdonar tales bromas á tan respetable abuela.

Lo grave es que acepté, y me he sacado el elefante. De lo que yo llamo pomposamente crónicas, pasar á un libro, hay un trecho

peligroso que afortunadamente recorreré *bras-dessus, bras-dessous*, con el padre de la criatura á la que sirvo de ayo accidental y momentáneo.

El Gral. Diaz, á causa de la muerte del esclarecido patriota D. Juan José Baz, quiso que se suspendiera el baile por su personal sentimiento, del que participó toda la ciudad; y solo porque se habia retardado mucho, se verificó el día fijado.

Con mucha anticipacion se anunció el baile, sin duda para preparar los ánimos poco acostumbrados á acontecimientos semejantes, y á nuestras *couturiéres* á ejercicio tan productivo. Muchas personas encargaron sus trages á Europa, las más los mandaron hacer aquí, y algunas, muy pocas, lucieron manufacturas á domicilio.

Cuando Palacio supo que la fiesta tendria lugar en sus salones, se preocupó bastante. Desde los días más ó menos famosos de Su Alteza Serenísima, y los engañadores de Maximiliano único, nadie se habia permitido tales lujos en el mal encarado edificio. Estaba reservado á la República hacer bailar á sus hijos en el mismo local. Como mamá á la moderna, los empieza á educar en sociedad con distracciones del más alto tono. Son tan jóvenes, que están ahora en las primeras emociones del frac.

Llegó al fin el 5 de Noviembre, día anunciado, y no de mal humor; la aurora tuvo un risueño despertar, enviando á la tierra fresca y perfumada brisa. Se esperezó Palacio á los acordes de su corneta de guardia, miró su reloj y lanzó un triple bostezo de satisfaccion abriendo sus tres puertas. Tomó en ayunas una pastilla de Brown, para evitar una ronquera al recibir á sus invitados, y no extrañó el agua por no tener la costumbre de lavarse. Es desaseado.

Empleáronse la mañana y la tarde en los últimos detalles. Brigadas de curiosos desfilaban por la acera tratando de burlar la vigilancia de los centinelas, que en mutilado castellano impedían el

acceso de tanto pretendiente, que al verse desairados almacenaban malísimos deseos para el esperado lucimiento, y decían como consuelo á sus vecinos: "No ha de estar bonito."

Se despidió el sol con una cordial sonrisa, y dieron principio á sus artísticas tareas los directores de los fuegos de artificio, fijando convenientemente los muchos castillos que debían quemarse en presencia del soberano—léase pueblo,—así como los empleados menudos del municipio, colgando innumerables farolitos de colores de los árboles de la Plaza. Vendimias y demás industrias populares quedaron casi abolidas. Allá medio escondida, se oía una que otra guitarra melancólicamente rasgueada por incógnito filarmónico, solemnizar á su manera el suceso. Parejas de gendarmes estacionados en las calles que desembocan á la Plaza, solo permitían pasar á los coches de los concurrentes. El frente de Palacio estaba baillantemente iluminado.

De las 10 de la noche en adelante, gran cantidad de coches, desde el fastuoso *landeau* de ocho muelles, hasta el pacífico *bandera blanca*, se agrupaban en fantástico y peligroso desorden, en la calle de árboles que del Jardín conduce á Palacio, costando un verdadero triunfo á los aurigas entrar en la fila, que caminaba con una majestad vecina del fastidio.

Apretadas hileras de curiosos formaban valla á los carruajes, recordando, segun las edades, la última novela leída, las fiestas de antaño y las por venir. Los más elevados de estatura, apenas distinguían un vaporoso abrigo ó un guante sin estrenar, con los dedos torcidos como si saludaran ó padecieran de atroz reumatismo.

Al concluir el portal, cada vehículo arrojaba su contingente de flores y rasos, perfumes y hermosuras, mareando con ese panorama multicolor y hechicero, á los pobres soldados que nunca las vieron tan gordas, por más que algunas fueran delgadas hasta la idealidad.

Nadie reconocía á Palacio vestido de fantasía, con sus grandes pinturas murales, sus blancas alfombras, sus policromas cortinas, sus abiseladas lunas, su verde césped, sus sérias estatuas, alegres festones, variadas macetas, incitantes confidentes, estrellas de Edisson, imperiales candelabros, discretos rincones é incansables músicos.

El salon principal estaba deslumbrante; percibíanse al entrar raudales de luz y de armonía. Colocada la orquesta en uno de los extremos de la pieza, hacia volar las horas, embriagarse á los sentidos, y soñar al corazon. Cadenciosas mazurkas, voluptuosos walses, germánicos schotisch, parisienses polkas y tropicales danzas, convertian en audaces á los tímidos, en feroces á los audaces, y aumentaba la vigilancia de la Plana mayor, estacionada á guisa de tapicería junto á las paredes de la sala. El profesor Rivas, cual mágico oriental, dirigia con su batuta á más de quinientas parejas, que bailaban á su voluntad y paraban á su inobedecible mandato, sin el recurso siquiera á la apelacion más enérgica.

El Presidente de la República, como invitado especial y dándose el tono necesario á su elevado carácter, se presentó á las once de la noche, rodeado de sus ayudantes, de casi todo el Cuerpo Diplomático y de la comision respectiva.

El local del Senado se convirtió en comedor de señoras, y despues de señoras y hombres. No creo en la intencion de una indirecta sangrienta, por no merecerla tan honorable cuerpo, fué indudablemente solo cuestion de circunstancias. La juventud que baila, no perdona ni á los representantes de una de las instituciones más venerandas de la Roma antigua.

Ante una pareja que quiere amarse á compás, se borra la palabra "respeto" del más vetusto y aceptado diccionario. Se dice con el mismo fuego un apasionado *te amo*, en las catacumbas de Paris, en

San Pedro de Roma, que en un paseo de los más concurridos de una capital de provincia. En tales ocasiones debe abolirse la novia; es una rémora á la perfecta distraccion y un obligado á la quietud. Practica uno con ella escenas candorosas, que si bien merecerian el aplauso del moralista Dr. Mantegazza, obtendrian en cambio una sonrisa del pensador Balzac.

En el salon de baile lucian muchos uniformes extranjeros, que aumentaban lo pintoresco del conjunto. El ministro aleman, el es pañol, el cónsul de Suecia, D. Gaspar de Errazu y nuestros generales, así como los ministros diplomáticos en general, hacian pensar en la existencia de una fiesta europea.

Habia algunos esclarecidos y valerosos varones, que desafiando la crítica y las costumbres, se presentaron con *culottes courtes* y no todos de *mollets superbes*. Creo que eran cuatro únicamente, que por poco se unen para compartir su excentricidad como los conspiradores del erótico régimen, de la soberana de Gerolstein.

¿A qué decir que el baile estuvo suntuosamente bello, si en la conciencia de todos los que á él concurrimos, se encuentra grabada calificación tan envidiable? Para mí, querido Editor, la belleza de una *soirée danzante* estriba principalmente, en la de las mujeres que la adornan. En el lado al Presidente, no se encontraba una fea ni para remedio. Hasta á las señoras que alcanzaron la famosa nevada de 56, les encontré algun atractivo.

No soy partidario de los artículos-catálogos, por lo que no cito al otro sexo; tanto más, cuanto que un olvido involuntario y lamentable no tendria perdon. Si me hubieran nombrado jurado calificador para adjudicar el premio á la más hermosa, más elegante y más hechicera mujer, se lo daria sin vacilar á una mujer casada; no hay que alarmarse, porque no daré su nombre: no estoy reñido ni con su intachable reputacion, ni con mis vírgenes costillas. A su ma-

rido le hubiera obsequiado con el título de almirante. ¿Se acuerda Vd. de la *Vida Parisiense*?

Para que todo hubiera en la viña del Señor, tuvimos también el desagradable incidente de un disgusto entre dos caballeros, que terminó por fortuna, á los pocos días, de una manera satisfactoria, por más que no estuviera así en su principio, que lo fué equivocada interpretación á algunas palabras. Somos así, y ni los remedios de patente más ruidosamente anunciados por las droguerías azules ó doradas, ni el célebre *corn-cura* ó las pildoritas vegetales de Hobb, han sido bastantes á curarnos este defecto orgánico. No concebimos fiesta completa sin alguna incomodidad, aun cuando sea al por menor y sin ulteriores consecuencias. Tengo la esperanza de que con el tiempo nos aliviemos radicalmente de tan nociva dolencia.

Puede asegurarse, sin temores de equivocación, que á la fiesta dada en honor del Presidente asistió todo el México distinguido, y note Vd. que yo fuí invitado.

A eso de las tres de la madrugada, se retiró el Presidente con su familia, después de haber gustado de un bien servido *buffet*, con que me aseguran lo obsequiaron; porque al resto de los mortales, nos supusieron acérrimos partidarios del Dr. Tanner. Entrar al comedor era tan difícil, como lograr una audiencia ministerial sin poderosa recomendación. Cada media hora se abrían las puertas del anhelado *driving room*, y los muchos que esperaban solos ó por parejas, tenían que conformarse con las bocanadas gastronómico-digestivas que lanzaba. Se aspiraban restos de festín, manteles mojados de vino y gas carbónico sin salida. Estaba á la altura de un *Bouillon del Marais*.

Como á las dos se mandó traer otra música, que tocaba alternativamente con la orquesta de Rivas, en uno de los salones adyacentes, que fué el favorecido por los novios: quedaban una pared de

por medio de los afables suegros. Viva la inocencia ante todo, debe obrarse con libertad para divertirse, y no hay como estar en *petit comité*. Llega uno á gustar de los encantos del tuteo á voces, y á prometer en ocasiones concluir en vicaría.

Haciendo revivir mis adormecidos recuerdos de aquella noche, veo pasar tres figuras encantadoras que conservaré por mucho tiempo: P.... C.... L.... B.... y É.... M....

Yo daría algo—si lo tuviera,—porque me hubieran hecho en esa vez el confidente general. Nada hay que más me deleite que presenciarse quiebras aparentes, francas correspondencias, celos embozados é infidelidades conyugales puramente platónicas. Entónces es cuando me convenzo de lo respetable que es el abanico. Su manejo es toda una ciencia. El ruido que produce agitado por una mujer bonita, solo puede compararse con el rumor de alas y caricias intangibles de que hablan los poetas; es peligrosamente atractivo.

Empezó el desfile por lo avanzado de la hora, retirándose todo el mundo con pena y desagradeciendo el orden que dominaba en el amplio guardaropa.

La claridad gris de la mañana, vino á sorprender á los *enrages* y á poner pálidas á las estrellas de Edison. Había que retirarse. Entónces es cuando se presenta un aspecto desolador; miranse cintas huérfanas, flores marchitas, etiquetas semiborradas, plumas que no vuelan más, alfileres, horquillas. El olor que queda es raro, sin ser desagradable. Hay mezcla de perfume y carne, de raso nuevo y desteñido, algo *sui generis*, algo así como un conturbamiento de opopanax y femenino traspiración. En Oriente debe de ser muy estimado.

Ya al retirarme, me encontré en la meseta junto á la gruta, un guante de mujer horriblemente estrujado; hasta me pareció sentir-

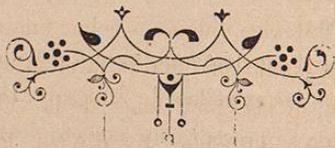
lo húmedo. Lo recogí sin querer, y al dormirme, recordé á Blasco cuando dice:

“Con el pañuelo que perdiste un día
del wals en la confusa rapidez,
cuántas lágrimas, cuántas he secado
pensando en tu desden

Mucho tiempo despues, el principio forzoso de toda conversacion era esta pregunta, que á mi vez le hago:

—¿Estuvo Vd. en el baile de Palacio?

FEDERICO GAMBOA



ASILO PARA HIJOS DE OBRERAS



L hablar de la fundacion benéfica que ha venido á cerrar como un broche de oro el año de 1887, en los anales de la Ciudad de México, bueno es echar una mirada instigadora sobre el estado que guarda la clase obrera. El trabajo no es rudo, ni las condiciones de la vida difíciles, dicen los economistas teóricos al hablar de México. Pero no toman en cuenta ni la anemia, ni la debilidad muscular causada por la altitud, ni lo precario de la demanda del trabajo. La situacion, pues, del obrero, es cuando ménos tan difícil ó tan expuesta como en cualquier otro centro fabril. Esta situacion se hace más angustiosa para la mujer y para la madre. Cuando sus hijos están en los primeros años, les tiene que negar sus cuidados y confiarlos á manos mercenarias, que méjman indefectiblemente el ya escaso salario.

A remediar esto obedeció el generoso pensamiento que tuvo la

Sra. Romero Rubio de Diaz, fundando una Sala de Asilo para hijos de obreras. La asistencia que da este establecimiento inaugurado el 1º de Diciembre, es diurna, gratuita y educativa. Su fundacion se hizo con recursos privados de la Sra. de Diaz.

¿No es esto acaso, en medio de la sencillez de sus detalles, todo un poema de ternura?

La dama ilustre que desde su alta posicion política y social, tiene no solo una mirada, sino una solicitud fraternal á las pobres, á las desheredadas hijas del pueblo proletario; la que da un hogar á niños miserables y un pan á párvulos que parecian condenados á la hambre, á la escrófula y á la ignorancia, constituye un ejemplo que al cronista indiferente mismo, hace sentir el llanto de la ternura, y que, en medio de ese pueblo de la capital hambriento y sin hogares, debe haber cruzado como una ráfaga de santa y dulce esperanza, y sublevado un himno de mudas pero ingenuas bendiciones.

El óbolo que el magnate da en el platillo vanidoso de la caridad pública, significa poco ó nada. Su limosna piadosa para el culto, es un depósito en la caja de ahorros del cielo; pero esa caridad práctica, esa dulce filantropía, esa ternura femenil y enérgica, que idea y realiza, enseña y funda, establece y sostiene una institucion benéfica que es á la vez amparo de desvalidos, estímulo al trabajo y caja de ahorros para el porvenir de la patria; esa caridad y esa filantropía no solo son admirables, sino que muestran cuán grande, cuán generoso, cuán levantado es el corazón de la mujer mexicana.

La Sra. Romero Rubio de Diaz, puede estar satisfecha de su obra. Todos conocen su modestia ingénita, todos comprenden que es incapaz su pecho del orgullo legítimo de una buena obra; pero cuando á solas evoque sus recuerdos, oirá una voz vaga, misteriosa, llena de pudor y conmovida, que le dirá al oído y repercutirá en su cora-

zon: *¡en nombre de tu tierra natal, bendita seas! ¡en nombre de los que sufrian, bendita seas! ¡en nombre de las madres mexicanas, bendita seas! ¡Bendita, mil veces bendita en nombre del porvenir!* Esa voz será el eco de todos los que sufren y de todos los que esperan

El buen ejemplo es contagioso. Tres diputados, el Dr. Rodriguez Rivera, el Sr. Apolinar Castillo, y el que esto escribe, quisieron que el generoso pensamiento de la Sra. Romero Rubio de Diaz se desarrollase en toda la ciudad, y que el Estado aportase su contingente á la generosa dama, y presentaron á la Cámara de Diputados una proposicion, apoyada por las diputaciones de Jalisco y Aguascalientes, relativa á la fundacion y sostenimiento de Salas de Asilo en la Ciudad de México, por la Secretaría de Gobernacion. Este proyecto será de seguro votado unánimemente,

